

quilamiento de las fuerzas fisiológicas de un pueblo o a la calástrofe.

Gabriela Mistral habla con lentitud. No hay, en su persona, en su gesto, en su manera, un asomo de aliño literario, de postura ficticia, de teatralidad estudiada. La sencillez de su expresión, tan desnuda de rebuscamiento, tan despojada de sombras artificiales, corresponde a la genuina sencillez de su espíritu. No obstante eso, se advierte al oírla la sugestión poderosa de su personalidad. ¿En qué consiste esa sugestión especialmente para los que estamos acostumbrados al idioma gentil, al recoveco de la paradoja, al deslumbramiento de la agilidad retórica? Consiste, sin duda, en el destello moral de su talento. Esa mujer es extraordinaria porque lleva a la concreción de su inteligencia la hondura procelosa de su alma. No se retuerce en lo artificioso y esa heroica sinceridad es veracidad leal de su pensamiento, es el tesoro que dispersa en su poesía. Por esta razón sus versos tienen la cadencia graciosa y rústica de los romances. Gabriela Mistral nos dice en una canción:

Dame la mano y danzaremos;
dame la mano y me amarás.
Como una sola flor seremos,
como una flor y nada más...

El mismo verso cantaremos,
el mismo paso bailarás.
Como una espiga ondularemos,
como una espiga y nada más.

Para llegar a esa simplicidad encantadora de rondel infantil se necesita haberse descortezado de la literatura y sacar los ritmos ancestrales que la lengua comunica a la gente al plasmarla en su numerosa substancia. Y a eso no se llega con el profesionalismo de las letras, con la virtuosidad del instrumento, sino con esa otra destreza, que no reside en el arte, sino en el instinto.

Gabriela Mistral no atribuye a sus versos la importancia que le atribuimos nosotros. Es una viñeta en su obra, un entreacto en su jornada. Desde luego, es lo que quedará de ella, puesto que el bien positivo que lleva a cabo, la pia ocupación de instructora espiritual de su pueblo, dejará el testimonio de su misión y el gran riego de consuelo que significa ese obtato de ternura y de apostolicidad en el cántico profundo, diseminado en voces animadoras, en confesiones desgarradas que son la historia de su alma en la soledad. Los que la conocen, los que leen sus versos, se han internado en su íntima congoja de mujer que da al mundo su latido más dulce, con la suavidad de una buena hermana que nada espera para sí. Y los que reciben el beneficio de su dádiva armoniosa pueden murmurar con el poeta del siglo xv:

Dieu! qu'il fait bon la regarder,
la gracieuse, bonne et belle!
Pour les grands bien qui sont en elle,
chacun est prest a la louer...

(La Nación, Buenos Aires).

Angel Ganivet

(Viene de la página 264).

fraternal, la desunión que nos lleva a ser juguete de poderes extraños y a que muchos como Ud. anden rodando por el mundo trabajando como oscuros peones cuando pudieran ser amos con holgura. Piense Ud. en todo esto y sentirá una llamarada de orgullo, de íntimo y santo orgullo, que le alumbrará con luz muy hermosa los últimos momentos de su vida». Ganivet se lisonjea de que Tinoco, moribundo, comprendiera estas razones y se dejara conmover por el sentimiento que las dictaba. «Las inteligencias más humildes», dice el granadino, «comprenden las ideas más elevadas; y los que economizan la verdad y la publican sólo cuando están seguros de ser comprendidos viven en grandísimo error, porque la verdad, aunque no sea comprendida, ejerce misteriosas influencias y conduce por caminos ocultos a las sublimidades más puras, a las que brotan incomprensibles y espontáneas de las almas vulgares».

En presencia del conflicto vital fué pesimista sin atenuaciones, y, al revés de los grandes pesimistas de principios del siglo xix, que se morían en Italia de miedo de morirse, él probó con sus actos la sinceridad de su doctrina. Mirando a España era escéptico, si estudiaba el tiempo presente. El pasado de su pueblo le atrajo siempre, lo estudió con cariño y sin desconocer los errores cometidos por su raza en una carrera de siglos. Tenía fe en el futuro, empañado a veces por las brumas que solía crear la actividad de los contemporáneos.

Esta mezcla de fe, de entusiasmos pasajeros, de escepticismo científico y de admiración por el pasado, hicieron de él uno de los escritores humorísticos mejor determinados que tuvo España, desde los tiempos de Cervantes. Es fenómeno digno de estudio, que siendo *El Quijote* el primer modelo perfecto de obra imaginativa donde el humor es la actividad mental predominante en el novelista, haya recibido nombre inglés esta manera de comprender y explicar la vida. Todavía es más extraordinario que el humorismo sea considerado como un fenómeno literario característicamente británico y que, habiendo nacido en España, sea el Reino Unido el que ostenta en la historia de la literatura, desde el seiscientos hasta nuestros días, el mayor número de escritores dados por naturaleza, jamás por estudio, al cultivo del humor en su forma asequible al gran público.

Dos genios dieron en el siglo xvii la nota original y eterna del humorismo: Shakespeare y Cervantes. Al paso que la fama del primero sufrió un eclipse de larga duración, acaso porque la inteligencia humana no había pasado por el cultivo necesario para captar el significado completo de tamaño temperamento, el libro de Cervantes conquistaba sin decaer, mediante sus virtudes de claridad y proporción latina todas las regiones del pensamiento. El contraste es todavía más agudo, porque en la nación donde menguaba la fama del grande humorista que había creado el *Hamlet* y *La Tempestad*, surgían de todas partes escritores que tomaban ante el mundo las mismas actitudes que Shakespeare. En España, después de Cervantes se apagó la lámpara